

Alexander Kojeve

MARXES DIOS, Y FORD SU PROFETA



El autor de este texto nació en Rumania, en 1902 pero después de la revolución abandonó el país y prosiguió sus estudios en Alemania, instalándose después en Francia, donde es profesor de la Ecole Pratique des Hautes Etudes desde 1933. El texto en cuestión es la introducción a una conferencia sobre "El colonialismo visto desde una perspectiva europea", pronunciada en Dusseldorf hace algún tiempo. En esa conferencia, Alexander Kojeve analizaba las relaciones entre los países capitalistas y el Tercer Mundo, anunciando la muerte del colonialismo tradicional y el surgimiento de un "colonialismo donador", en el que los países subdesarrollados recibirían más de lo que darían. En la introducción, y como se verá, Kojeve explica, "con un salto pedagógico", que esa transformación del colonialismo fue precedida por otra, todavía más radical: la del capitalismo. Esa transformación prueba que Marx tuvo razón, pero que Henry Ford fue su único profeta.

La palabra capitalismo fue inventada en el siglo XIX —y Marx dio a ese concepto un sentido preciso, específicamente económico.

Marx llamaba capitalismo a un sistema económico definido por las tres características principales que siguen. Primera: la economía capitalista es una economía altamente industrializada. Segunda: los medios de producción industrial pertenecen no al sistema capitalista, y tampoco a la mayoría trabajadora de una nación, sino a una minoría o *élite* que no realiza un trabajo físico y que orienta o dirige la vida económica, política y cultural de un país. Por fin, el sistema capitalista está organizado de manera tal que la mayoría trabajadora, llamada el *proletariado*, no sea beneficiada en absoluto por el progreso técnico, es decir, por la industrialización, por la racionalización de la producción. Sin duda, el progreso de la técnica industrial aumenta el producto del trabajo y la productividad. El progreso genera, por lo tanto, una *plusvalía* del trabajo. No obstante, ésta no era otorgada a las masas trabajadoras sino que era íntegramente retenida por la minoría *capitalista* de los propietarios exclusivos de los medios técnicos de producción. Así, a despecho del progreso técnico en general y del progreso industrial en particular, la mayoría trabajadora de la nación era mantenida en el mismo nivel de vida, por lo demás cercano al mínimo vital —sin posibilidades, entonces, de descender más. Por consiguiente, el progreso técnico y la industrialización se prestaban únicamente al aumento de la renta de la minoría capitalista.

Dije a propósito "aumento de la renta", y no "elevación" del nivel de vida. Porque si existe un *mínimo vital* existe también un *máximo* o, más precisamente, un *óptimo* que no puede ser traspasado. Ahora bien: ese nivel de vida *óptimo* fue alcanzado por la *élite* o minoría dirigente mucho antes del advenimiento de la industrialización y del capitalismo propiamente dicho. Así, la plusvalía entendida como industrialización, o como la racionalización de la producción, no servía



para elevar el nivel de vida de la población: ni el de la mayoría trabajadora, vecino al mínimo vital, ni el de la minoría dirigente, que ya había alcanzado o rebasado el *óptimo*. En otras palabras, sólo una parte prácticamente despreciable de la plusvalía industrial fue destinada por los capitalistas al propio consumo. La casi totalidad de esa plusvalía era *invertida* por los capitalistas que la percibían: servían de esa manera al progreso técnico, es decir, a la expansión y aumento permanentes de la industrialización y de la racionalización de la economía nacional.

Pero precisemos que el *capitalismo* que Marx tenía a la vista estaba organizado de manera tal que la mayoría trabajadora no podía aprovecharse de ninguna forma de ese progreso económico continuo. Empero, en la medida en que esa mayoría no se empobrecía en términos *absolutos* (eso resultaba, ¡ay!, materialmente imposible) se tornaba *relativamente* más pobre: se volvía cada vez mayor la diferencia entre la renta global de las masas y la de la *élite*.

De esa teoría económica de la plusvalía y de la formación del capital, Marx personalmente, así como los marxistas del siglo XIX, extraerían sus bien conocidas conclusiones sociales y políticas. Previeron la *revolución social* como una *necesidad* histórica, razonando de la siguiente manera: la formación del capital, basada en la apropiación de la plusvalía por los capitalistas, aumenta necesariamente el desequilibrio social; por lo tanto, el sistema capitalista es el autor de su propia ruina, y así se producirá, más tarde o más temprano, una ruptura del equilibrio. A esa ruptura del equilibrio social se la llama precisamente *revolución social*.

En la actualidad se puede afirmar, sin riesgo de desmentido, que los profetas marxistas se engañaron en sus previsiones: fue precisamente en los países capitalistas, en el sentido marxista del término, donde *no* se materializó la *revolución social*.

Por lo demás, si en la actualidad resulta imposible negar seriamente ese hecho histórico, es mucho más fácil aún cometer un grave error de interpretación. Porque se podría pensar que Marx se engañó en sus profecías revolucionarias por ser falsas las bases teóricas en que apoyó sus previsiones. Pero yo pienso que una interpretación semejante no sólo es radicalmente falsa sino peligrosa en el más alto grado ya que de hecho Marx se engañó en sus previsiones no por un error teórico sino porque estaba asistido por la razón.

¿En qué sentido puede afirmarse con rigor que Marx se engañó? Evidentemente no en el sentido de que no haya existido una revolución social en el mundo occidental, con el capitalismo descrito por Marx conservándose tal cual. Me-

nos aún en el sentido de que el sistema capitalista analizado por Marx no haya existido nunca en alguna parte del mundo. Pero de hecho, Marx se engañó: primero porque en su época el capitalismo era efectivamente tal cual él lo describió y, después, porque ese capitalismo eliminó por sí mismo sus fallas socioeconómicas o, si se desea, sus *contradicciones internas*. Y lo hizo exactamente dentro de la línea indicada por el propio Marx, sólo que de manera *no revolucionaria* o *dictatorial* sino *pacífica* y *democrática*.

Hablando claro, Marx y los viejos marxistas se engañaron en un único punto. O, más precisamente, una de las premisas (tácita, ¡ay!, pero muy importante) de su razonamiento era falsa. Admitían tácitamente que los capitalistas propiamente dichos permanecerían eternamente ciegos e insensatos, al igual que los economistas antimarxistas y los intelectuales burgueses en general, que creían *refutar* a Marx en y por medio de sus libros más o menos densos. Ahora bien: si todo hubiese sucedido realmente así, Marx no se habría engañado en sus previsiones. Pero el hecho es que las cosas ocurrieron de otra manera. Los capitalistas financiaron la edición de libros antimarxistas, y cuando eran jóvenes estudiantes a veces hasta los leyeron, lo cual no impidió que cuando adultos hicieran exactamente lo contrario de lo que se podría deducir de tales libros. Porque fueron esos capitalistas los que transformaron el *capitalismo*, y lo hicieron actuando en perfecto acuerdo con la teoría marxista, sin preocuparse demasiado por saber si el marxismo era o no refutado como teoría.

Resumiendo: los capitalistas finalizaron viendo por sí mismos todo lo que Marx vio: que a largo plazo el capitalismo no se podría desarrollar, y ni siquiera mantenerse, si la plusvalía obtenida gracias al progreso de la técnica industrial no era *repartida* entre la minoría capitalista y la mayoría trabajadora. En otras palabras, los capitalistas posteriores a Marx comprendieron por sí mismos (de manera aparentemente independiente, aunque con algún retraso con respecto a Marx y a los hechos) que el capitalismo moderno, altamente industrializado, desembocó (en virtud de razones técnicas) en una producción de *masa*, haciendo no sólo posible sino absolutamente necesario el progreso permanente de la renta y, por tanto, del poder adquisitivo; a saber: una evolución progresiva del nivel de vida de las *masas* populares. Y, enfrentados a esta situación, los capitalistas propiamente dichos actuaron en consecuencia.

En síntesis, los capitalistas hicieron exactamente lo que debían hacer, según Marx, para convertir en algo imposible a la *revolución social* —para convertirla en inútil, es decir, sin objetivo. Esa transformación marxista del capitalismo primitivo se hizo más o menos anónimamente pero, como siempre ocurre en tales casos, también aquí hubo un gran ideólogo. Se llama, como se sabe, Henry Ford. Y entonces se puede decir que Ford fue el único gran marxista auténtico u ortodoxo del siglo XX.

En todo caso, el hecho es que actualmente el capitalismo descrito y cuestionado por Marx, es decir el capitalismo de viejo estilo, que crea los capitales necesarios para las inversiones exigidas por el progreso técnico y que mantiene artificialmente la renta de las clases trabajadoras en el nivel mínimo vital, ese capitalismo clásico no existe más en ningún país altamente industrializado —salvo en la Unión Soviética, donde se llama — ¡ay! — *socialismo* y donde presenta, ahora, síntomas sociopolíticos (*policiales* por un lado, *revolucionarios* por otro) semejantes en todo a los que se manifestaban en el capitalismo europeo del siglo pasado.

